

LIBROS

«L'escultor Joan Roig Solé», por José Iglesias. — Ediciones «Rosa de Reus». — Tipografía Emporium. — Barcelona 1955.

La Asociación de Estudios Reusenses, en su ingente labor de difundir los valores reusenses, nos ha ofrecido, bello de presentación y denso de contenido, el décimo volumen, que comprende una bien documentada biografía y estudio de la obra del escultor reusense Juan Roig Solé, escrita por José Iglesias Fort, con su peculiar y pulido estilo.

«L'escultor Joan Roig Solé», resulta un libro, como todos los de Iglesias, documentado, ameno y evocador. Ya en el primer capítulo, titulado «De la seva vida», nos presenta una estampa del Reus ochocentista, con figuras reusenses que descollaron en arte o en literatura. Esta vez, también aprovecha el autor, el hablarnos de cuando su biografiado se residenció en Barcelona, para pintarnos un trozo de la Barcelona de aquellos tiempos, en que las murallas circundaban la ciudad condal y parte a fuera de ellas solo existían campos sin edificar y el inicio del Paseo de Gracia.

José Iglesias, parece cojér de la mano a Juan Roig Soler, desde que nace en nuestra ciudad, en una casa del Arrabal de Santa Ana, «davant el traü que obre el carrer del Canyís» y ya no le deja hasta el momento de su muerte, acompañándole en sus correrías por las calles barcelonesas, en sus primeras tareas en los talleres que concurre y en las clases de la Escuela de Bellas Artes, en donde asiste a los cursos de dibujo y escultura. Juan Roig Solé, de la misma edad de Marianò Fortuny, sostenía una buena amistad con el eximio pintor colorista, que es aprovechada por el autor, para relatarnos algunas facetas de la relación que unía a ambos artistas reusenses.

Todas las incidencias de la vida de Juan Roig Soler son narradas en el libro y además nos dá una amplia información de su obra, parte de la cual aun perdura en el Cementerio de Reus,

en el de Villanueva y Geltrú y en el viejo de Barcelona, así como en algunas casas de la nobleza catalana, como en la fachada principal de la Seo de Barcelona. Buena parte de la obra del escultor Roig Solé desapareció, como tantos otros tesoros artísticos, durante las jornadas aciagas del año 1936. Por dicho motivo perdimos la imagen de San Bernardo Calvó, obra de Roig Solé, que existía en la Parroquia de San Francisco de nuestra ciudad.

De lo poco que conservamos en Reus, descontando las esculturas del Cementerio, el libro cita «Laboremus», existente en el Centro de Lectura, el busto de Fortuny, que preside el Salón de Actos de la misma entidad y las cuatro esculturas que realizó en 1853, por encargo de nuestro Ayuntamiento, simbolizando la carne y el pescado, y que aún figuran encima de las puertas de entrada en las pescaderías de la ciudad. Otra de las obras de Juan Roig Solé, que aún perdura, es la «Señorita del Paraguas», en el Parque de Barcelona. Y en el capítulo «Historia d'una font». José Iglesias nos dá amplios detalles de como fué recibida por la crítica de entonces.

Juan Roig Solé triunfó plenamente y logró gloria y dinero. Fué solicitado con interés su trabajo y muchas veces, para favorecer a algún compañero, no firmó sus producciones. José Iglesias, no se contenta a escribir una biografía y pasa a examinar la obra del artista. Ningún otro escultor alcanza a recoger el espíritu y significación de sus tiempos. Pero, Roig Solé se dá cuenta de que otras formas y otro estilo asoman y, sus manos «es van aturar en un moment de maduresa i frescor». Y sigue escribiendo José Iglesias: «Joan Roig Solé es l'artista que en el moment millor de la seva vida, a plena voluntat, es talla les ales i renuncia a la glòria que li era promesa».

El libro consta de más de 150 páginas de texto, ilustrado con buen número de grabados. Además 48 reproducciones sobre papel cauché. Resultando sumamente interesante para

todos, y a la vez enaltece a su autor, y a la Asociación de Estudios Reusenses.

«Tres poemas» (de la devoció tarragonina), por Juan Antonio Guardias, publicación del Instituto de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV. — Editor: Sugrañes Hermanos, Tarragona, 1953.

Hace tiempo que mi admirado amigo, el poeta tarraconense, Juan Antonio Guardias, tuvo la gentileza de dedicarme un ejemplar de su libro «Tres poemas» (de la devoció tarragonina), junto con unas encomiásticas palabras en las cuales me califica de «escritor reusense». Y antes de entrar a hablar de su valioso libro de poemas, quiero agradecerle el tal calificativo, pues para mí resulta de los más honrosos. Y por ello, he querido correspondersele, señalándole, a él, como «poeta tarraconense».

Porque en esto, de «poeta tarraconense» y de «escritor reusense», que parece de ámbito reducido, está la miel que alimenta y sostiene la producción de ambos. La mía muy modesta y la suya de gran valía. Dentro el marco localista, los que no aspiramos a más que a ser útiles en algo, ya nos sentimos felices hablando y comentando nuestras cosas.

Juan Antonio Guardias, con su excelente libro «Tres Poemas» está evidenciando con holgura ese sentimiento de amor por las cosas tarraconenses. El subtítulo «de la devoció tarragonina» es una buena prueba de ello. El poeta ha sabido recoger esa devoción y la canta en versos excelentes, como suyos. Porque «Tres poemas», en el fondo, no significan otra cosa, que el decir con versos emocionados y como pocos poetas sabrían decirlo, la devoción tarraconense por sus Santos: «La Verge del Claustre» «Sant Magí» «Santa Tecla» y «Sant Fructuós». El poeta, rico de imaginación y de recursos, hubiese podido loar otras devociones y otros Santos, pero ha preferido fijarse con la devoción tarraconense y con los Santos de sus altares, porque los tiene más cercanos, tan cerca que los lleva en su corazón de tarraconense.

Juan Antonio Guardias, siente aromas al acudir a la «capella de la Verge del Claustre» y en ella busca celestial ayuda:

Ompliu-me la cistella
del millor espígol. Sou muntanya vella
i mai no us falten herbes de salut.

Y después en «Via dolorosa» de «Sant Magí i la Dama», nos lleva a recordar la hora de la tarde en que las murallas de Tarraco palidicen:

A l'hora de sol ponent
que l'aire calla
i empal·lideix l'or ardent
de la muralla.

Luego, en «Clarobscur» pone en labios de «Magí» estas palabras:

No es mou la fulla ni que bufi el vent
i al sol no es daura cap granet d'espiga
si Aquell que té les regnes no ho consent.

Gojós he estat de veure el cel bonic,
tot ple d'estels, pregant en la nit clara.

I ara que solament palpo buidor
i no m'arriba un tremolí de brisa,
i em tiren, com als cans, un rosegó,
i si m'adormo la gelor m'avisa,
també me n'accontento, que de Déu
em ve l'honor de la beguda amarga.
Just és que ens agulloni amb cerç i neu
Aquell que cada dia el pa ens allarga.

El sentido cristiano se trasluce en toda la poesía de Juan Antonio Guardias y sus versos están impregnados de ejemplar resignación. Y todo ello, como hemos visto, nos lo dice en unos versos claros y concisos, brotando en medio de ellos imágenes poéticas como esta:

Ans no es desplega la ufanor de l'hort,
quants de gemecs dins de la terra dura!

Y otra como esta:

Senyor que pel forat
de la mort ens porteu a l'alegria.

«Els sis martiris de Santa Tecla», es un poema por el mismo estilo, descriptivo y de gran fuerza poética:

No sé que té la brisa del matí
que com una arpa als polsos canta

Y en el epílogo encontramos esta

NARRACIONES

MIEDO

Serían las dos de la madrugada. Había ido al teatro con unos amigos y después de tomar una cerveza nos habíamos despedido, marchando cada cual a su casa. Iba, pues, solo por la calle desierta. La acera estaba en pésimo estado, con zanjas y hoyos cubiertas por unos tablones. Durante un instante dirigí la vista hacia arriba, para admirar la mole inmensa del nuevo rascacielos —veinte y cinco pisos constituyen una cifra respetable en nuestra ciudad—. La oscura silueta se recortaba majestuosa bajo el cielo estrellado, cual si estuviera encerrada en la fantástica jaula de los andamios.

Repentinamente el suelo se hundió bajo mis pies y sentí que me oprimía el corazón aquella tremenda angustia que se experimenta al caer en el vacío y que todos, al menos en sueños, habréis conocido. Reboté contra las paredes de la estrecha excavación y por suerte el golpe final quedó atenuado

por un montón de tierra sobre el que quedé medio desorientado. Experimenté un agudo dolor en la cara y en el brazo izquierdo.

Me acomodé lo mejor que pude sobre la tierra húmeda. No podía mover el brazo y al palparlo con cuidado me pareció que lo tenía roto. El reloj se había hecho añicos.

La boca me sangraba y al menor movimiento me dolía horriblemente. Miré hacia arriba y a unos seis o siete metros vi la abertura de la zanja tapada con maderos que dejaban entre ellos espacios en los que se veían brillar las estrellas. Las paredes eran irregulares e inclinadas; yo me hallaba en una especie de oquedad por uno de cuyos lados se escurría un hilillo de agua.

En vano intenté gritar para que el sereno viniera en mi ayuda. Me era imposible emitir ningún sonido. Con la mano derecha busqué una piedra para dar golpes con ella y hacer ruido, pero solamente encontré tierra y barro. No sabía como llamar la atención para que vinieran a salvarme. Me apoyé, desalentado, contra la pared. «No me queda más remedio que aguardar que amanezca y cuando vengan los obreros se darán cuenta de que la tapa de este hoyo está mal colocada» pensé.

Resignado cerré los ojos y no se cuanto tiempo pasó hasta que me dormí. Cuando desperté tenía el cuerpo dolorido por la posición incómoda. El brazo se había hinchado y me dolía mucho. Tenía sed y creo que también fiebre. Los trozos de cielo visible se habían aclarado y las estrellas habían desaparecido. Debían de ser las siete de la mañana. Poco después un rayo de sol filtrándose por una rendija iluminó una de las paredes. Intenté cobrar ánimos pensando que pronto llegarían los obreros y me librarían de mi encierro.

Una hora después percibí pasos por encima de mi cabeza. Oía voces, sin alcanzar a distinguir lo que decían.

otra figura, nueva muestra de la consistencia poética del autor:

*I del mestral la simfonia engoça
que tregui acords de pedres i de fulles*

Podríamos seguir recopilando versos del libro y siempre encontraríamos la frase que nos encantaría. Juan Antonio Guardias es un buen poeta y como a tal no tiene que recurrir a forzar terminaciones. De estilo elegante, con depurado lenguaje vernáculo. sus versos, puede que no alcancen la sonoridad que tanto caracterizó a los poetas de pasadas generaciones, pero su poesía es una bella muestra de la actual, y sabe decir con claridad y sin rebuscos lo que debe decir. Unos buenos versos con diáfana claridad de expresión. Un prosista no sabría decirnos con mayor justeza, lo que el poeta nos dice, con su rima clara y concisa.

José Banús Sans